Recuerdos edificantes

Autor: Manolo Campa

Hoy quiero desempolvar el olvido. Voy a escribir sobre dos hombres jóvenes que con el recuerdo que guardo de ellos me alientan cuando estoy desanimado… me alegran cuando no estoy alegre… y me ayudan a reconocer el verdadero valor de las cosas cuando lo material me está seduciendo.

Los presento: se llaman Miguel y Carlos. Por ambos siento gran afecto. Los dos, teniendo todo lo que el mundo aplaude: inteligencia, agrado, juventud, amistades, dieron la espalda a esas galas para responder a la llamada del Señor.

Los dos eran estudiantes cuando los conocí: uno terminaba su "high school", y el otro, en un año se ordenaba de cura, era seminarista.

Miguel es alto, delgado, trigueño. Es inteligente, moderno, de estos tiempos… reformista en las cosas humanas, recto en las cosas de Dios. Antes de opinar, escucha y piensa, pero, cuando se ha manifestado mantiene su criterio con firmeza… hasta con vehemencia.

Sin reservas y con honra hace patente el amor que siente por sus padres y por su patria. Fue el mejor estudiante de su curso, el primer expediente. Era buen bailador, popular entre las muchachas, promotor de alegría en las reuniones.

Un día Miguel, después de haber pensado bien lo que iba a hacer, ignoró las bondades que el mundo le ofrecía: el amor de una mujer y unos hijos, éxito en cualquier profesión que escogiese, comodidades, prestigio, y se entregó por entero, y sólo por amor, a servir a Cristo.

Miguel es hoy un religioso educador en las Antillas. El Señor al llamarlo a la vida religiosa escogió para El a uno de los mejores.

Conocí a Carlos desempeñando un trabajo de obrero. Nunca pensé que un seminarista, casi cura, fuese como él era: alegre, con una sonrisa perenne de esas que valen un millón de pesos. Sus ojos son azules, expresivos, que buscan la mirada de otros ojos para ofrecerles bondad, comprensión. Fuerte, de porte atlético, desempeñaba aquel trabajo duro con facilidad, como si lo hubiera estado haciendo por años.

Excelente jugador de pelota. Era el quinto bate en el orden de bateo y a la defensiva era el "cátcher" de nuestra novena. Fue seleccionado para el equipo "todos estrellas" de la fuerte Liga a la que pertenecía nuestro "team".

Era un apasionado del Evangelio… en todas partes, a cualquier hora lo daba a conocer. En un juego, a mitad del mismo, Carlos no aparecía y se acercaba su turno al bate. Lo encontramos entre un grupo de jóvenes que no conocían a Cristo. Les pidió que lo esperaran hasta que terminara el juego y siguió entonces, vestido de pelotero, hablándoles sobre Jesús.

Al igual que Miguel, era promotor de júbilo en los grupos: cantaba y tocaba el cencerro y la tumbadora con muy buen ritmo.

Sencillo como un niño, su modestia le ayudaba a ser feliz: no necesitaba mucho y disfrutaba lo que tenía. Con sus primeros ahorros compró un automovilito japonés, viejo, destartalado. Un "cacharro", más apropiado para estar en un rastro que para transitar por las calles. Con frecuencia tenía que empujarlo para que arrancase… una de las puertas no cerraba bien, la mantenía cerrada con una soga… los asientos y el piso necesitaban urgente reparación. En esta maquinita de payasos de circo, paseó por todo Miami a un obispo centroamericano, con el beneplácito del mismo. ¡Admirable!

Nuestro equipo ya no cuenta con su receptor estelar porque ahora celebra misas y predica el Evangelio en una parroquia en Centroamérica.

Cuando Miguel y Carlos se fueron a otros países, lo hicieron llenos de ilusión y alegría… sin discursos de despedida. Con naturalidad se iniciaban en el duro trabajo de dar a conocer a Cristo para hacer un mundo mejor haciéndolo más cristiano.

Doy gracias a Dios por haberme permitido conocer a estos muchachos, llenos de hombría y santidad, que aún estando lejos me siguen ayudando con sus recuerdos.